

BAJO EL ÁRBOL

Una invitación a volver al cuerpo¹

Alfredo Rusca Jordán

Resumen:

El presente ensayo busca examinar la situación de crisis actual suscitada por la pandemia a la luz de los conflictos que plantea la cultura posmoderna. Es una exhortación para volver al cuerpo, a la naturaleza y a comprender la importancia de la integración cuestionando la fragmentación que ha caracterizado a la medicina en el último siglo. Aquí, discutiremos las implicancias éticas de esta necesaria toma de consciencia corporal y su relación directa con el restablecimiento de la salud.

Palabras claves:

Corporalidad, vuelta a la naturaleza, ética, *eudaimonía*

Abstract

The present essay tries to examine the situation of the pandemic crisis in relation to the conflicts of the postmodern culture. It's an exhortation to get back to the body, to the nature, and to comprehend the importance of the integration questioning the fragmentation that has characterized medicine in the last century. Here we'll discuss the ethical implications of this necessary bodily awareness and its direct relationship with the restoration of health discuss the ethical implications of this necessary corporal take of conscience and its direct relation with the health reestablishment.

Keywords:

Corporality, return to nature, ethics, *eudaimonia*

1 Agradezco las sugerencias y comentarios de Dany Lopez y Gonzalo Gamio que me ayudaron a encausar esta reflexión.

Gris es toda teoría y verde es el árbol de oro de la vida

Goethe

I. El demiurgo revoltoso

Imaginemos que un demiurgo revoltoso nos despoja con un chasquido de dedos de todas nuestras pertenencias, relaciones, creencias y circunstancias. Imaginemos que con ese sonido fugaz pero letal se nos revocan nuestros títulos de propiedad, son canceladas nuestras cuentas bancarias, y nos separan de nuestras amistades más cercanas; imaginemos que se nos confinan nuestros artilugios y se nos censuran los deseos más complejos. Imaginemos que esas ideas contingentes, dispersas, que ebullean en los espacios de contemplación desaparecen, así, sin más, por su inutilidad práctica. Imaginemos que todo parte de la más pura e inocente intención creadora para diseñar una sociedad justa.

Imaginémonos que, acto seguido, se nos presenta un nuevo escenario, un lienzo se despliega a nuestros pies, desnudo de contenido y forma, sin límites y con acceso irrestricto a todas las herramientas y colores disponibles. La única condición es que la intervención tenga como premisa la creación de una sociedad justa, en la que se respeten los derechos fundamentales de todos los que están por llegar, en la que la dignidad y la libertad estén por encima de intereses particulares. ¿Cómo tendría que organizarse dicha sociedad? ¿Qué elementos o rasgos la constituirían? ¿Qué tipo de uso le daríamos a los colores? ¿Qué capacidades tendría? ¿Cuál sería la estructura normativa que la sostendría?

¿Qué criterios estéticos usaríamos ahora que hemos sido despojados de nuestras experiencias previas, ahora que se nos ha obligado a olvidarlas? ¿Cómo dibujaríamos una sociedad justa, sin ideales, y sin los preceptos formativos que los potencian? ¿Acaso privar a un niño de su proceso natural de aprendizaje mediante las caídas y los golpes que acarrea el aprender a caminar garantiza en modo alguno el andar seguro de un montañista? ¿El paisaje urbano se levantaría en todo su esplendor sin la mirada del *flâneur* que lee en sus estructuras el paso del tiempo? ¿Se puede petrificar el devenir de la vida de manera sostenible negando

la temporalidad y la incertidumbre que resulta del simple hecho de observar la naturaleza?

Maniatados, imposibilitados e inertes frente a esta absurda aventura por carecer del impulso vital que precede a la acción, desconociendo la condición humana que subyace a cualquier acto social, la propuesta demiúrgica con la que hemos empezado este ensayo se autosabotea en su nacimiento de manera análoga a la de un artista impresionista que desconoce la teoría cromática. “Ese universalismo abstracto desconoce de los matices” (Gamio, 2007, p. 54). La ética –en palabras de Wittgenstein– no es nada sin estética; y la estética (*aesthesis*, sensorialidad) –eso que nos conmueve y alienta hacia un nuevo conocimiento– escapa al imperativo planteado por nuestro demiurgo; es decir, pensar en una sociedad en la que cada persona pueda desarrollar sus propias capacidades en un marco de libertad e igualdad debe incluir el concepto de igualdad compleja y potenciar en cada uno sus capacidades naturales intrínsecas sin reducirnos a una *tabula rasa*, que estandariza las cosas como lo pretende hacer el enfoque abstracto del demiurgo. Este enfoque, más bien, imposibilita todo esto en la medida en que hace abstracción de las condiciones concretas de las personas, aun cuando la intención sea hacer posible la convivencia de lo diverso, anula las particularidades y la fuerza vital de la experiencia humana.

Esta suerte de relato casi distópico es una interpretación libre del velo de la ignorancia propuesto por John Rawls en su libro *Teoría de la justicia*. Este velo no solo nos cubre los ojos como la figura de la justicia a la que hace alusión, sino también encubre el sueño más íntimo de la modernidad: tener un solo criterio de decisión en todas las esferas de la vida: el cálculo costo-beneficio. El velo de la ignorancia es equivalente al chasquido letal del demiurgo y con este tronar de dedos –en nombre de la justicia– se pretende invisibilizar todo aquello que nos hace humanos, es decir, nuestra contingente y contradictoria historia personal y comunitaria. Eso que nos permite reconocernos en el otro y con el otro. La comprensión y el sentido de la vida no están en una urna impoluta o en el concepto detrás de una escultura velada. No existe criterio único que detente las respuestas al enigma. Elegir quiénes queremos ser no reside en la maquinalidad de un artefacto que

decide a través de la aplicación de un algoritmo, sino, más bien, en el maravilloso misterio que esconde el claroscuro de un bosque.

II. El infierno está empedrado de buenas intenciones

Rawls canaliza así toda la presión racionalista tributaria de Locke y Kant. Bernard Williams sostiene que es inútil buscar el punto arquimédico, pero los seguidores de Rawls insisten como una suerte de Procasto condenándonos a calzar toda realidad humana a su medida.

El ideal de un “principio maestro” no aprehende la complejidad del problema de justicia. Este ideal nos recuerda al legendario actuar de Procastes. [...]. Este mito representa alegóricamente [...] la dramática *hybris* en la que incurren aquellos que pretenden imponerle esquemas ciegos y rígidos a la realidad. (Gamio, 2007, pp. 56-57)

He aquí el sustrato teórico del mundo que nos intoxica hoy, he aquí la última versión de la ética procedimental², he aquí la última actualización del *software*. A pesar de las buenas intenciones, ¿con qué nos encontramos al final del camino? Con un individuo que se sobreexplota, con una amenaza que ya no viene de afuera, sino que es la misma *psyché* alentando la carrera del hámster en una vorágine interminable de deseos. El resultado: deprimidos y perdedores; en palabras de Byung Chul Han: "enfermos de positividad".

Las enfermedades neuronales, como la depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de la personalidad (TLP) o el síndrome de desgaste ocupacional (SDO) definen el panorama patológico de comienzos de este siglo. Estas enfermedades no son infecciones, no son infartos ocasionados por la negatividad de lo otro inmunológico sino por un exceso de positividad. (Han, 2019, p.13)

2 Concepción ética que se propone fundamentar principios universales desde el uso exclusivo de la razón. El Contractualismo es una manifestación de esta ética.

La propaganda actual ya no necesita de sofisticadas ideologías o de perpetuar discursos hegemónicos, el criterio costo-beneficio se ha vuelto el sentido común de nuestro tiempo. El escenario se proyecta bajo el signo de Rawls: una vez que la fantasía ha penetrado en nuestro inconsciente, acto seguido, extraemos la calculadora del bolsillo y como “buenos adeptos” del instrumentalismo más esquemático elaboramos un plan para costearla. Atrás ha quedado la manera de ver el mundo de Epicuro, quien considera que un hombre con sus necesidades satisfechas puede competir con el mismísimo Zeus: “El grito del cuerpo es éste: no tener hambre, no tener sed, no tener frío. Pues quien consiga eso y confíe que lo obtendrá competiría incluso con Zeus en cuestión de felicidad” (Epicuro, 2012, p. 101). El hedonismo helenista, otrora perseguido, hoy no sería más que el delirio de un conservador en el geriátrico. Ernesto Sabato, en su libro *La resistencia*, nos ofrece uno de los mejores argumentos contra la posición original:

Detener la vida, su inefable transcurrir, no solo es imposible, sino que, de hacerlo, caeríamos en la más negra de las depresiones; los días nos pasarían carentes de toda trascendencia, nos sobrarían y podríamos desperdiciarlos banalmente ya que nada esencial se jugaría en ellos.

La vida del hombre se reduciría a la felicidad que pudiera acuñar, como si la más grande de las existencias fuese la que mejor se asemeja a un viaje de placer en un barco de lujo.

Creo que lo esencial de la vida es la fidelidad a la que uno cree su destino, que se revela en esos momentos decisivos, esos cruces de caminos que son difíciles de soportar pero que nos abren a las grandes opciones. Son momentos muy graves porque la elección nos sobrepasa, uno no ve hacia adelante ni hacia atrás, como si nos cubriese una niebla en la hora crucial, o como si uno tuviera que elegir la carta decisiva con los ojos cerrados. (Sabato, 2000, p. 78).

Un punto de apoyo para mover el mundo, una carta decisiva con los ojos cerrados, ¿soporta realmente la existencia tal reduccionismo?

¿Qué nos dice el cuerpo al someterlo a esta camisa de fuerza? ¿No sería mejor que el movimiento del mundo sea una empresa autonómica, no es acaso la pesadilla de un espíritu libre y un cuerpo vivo el monismo ético? La teoría de Rawls nos resulta infernal por limitada, en su oposición al pluralismo ético nos despoja del juego –no el juego amañando que él mismo propone– y la imaginación –no la imaginación dirigida que nos condiciona–, además de la admiración y el descubrimiento. ¿No sería acaso mejor, o más humano, la plena conciencia proporcionada también por nuestros sentidos en vez de la lotería rawlsiana tan similar a esa carta única que nos recuerda Sabato?

III. La ciudad enmascarada

El peregrino advierte un escaso movimiento en los linderos de la ciudad, una pieza de madera se descuelga del pórtico con un texto escrito en cualquier idioma: “Cuarentena”. La ciudad esta vez está cerrada. No hace ni un mes era un estallido de júbilo. Dentro de sus muros, el progreso y la innovación timbraban al compás de los sonidos provenientes de dispositivos electrónicos, las noches eran largas y hermosas; los indicadores, altamente favorables; la productividad estaba en ascenso.

Tal vez en ciernes, alguna amenaza política –anti-sistema– gravitaba sobre sus torreones resplandecientes, pero no era nada con lo que no se pudiera lidiar. El ritmo vertiginoso de aquellas vidas impedía mirar los detalles; las grietas por las que discurría el desgaste de sus cuerpos hasta empozarse en las alcantarillas no estaban al alcance de la vista. Y esas alcantarillas develaban un crecimiento proporcional a los macro-indicadores. Sobremedicados, incapaces de sostenerse por sí mismos, desenraizados, *multitaskings*, gozadores y “todopoderosos”, los anuncios velados de *They Live*³ expuestos por Žižek, en *The Pervert’s Guide to Ideology*, ahora amplificadas en el “todo está en tu mente”,

3 Es una película escrita y dirigida por John Carpenter; esta, a su vez, está inspirada en el relato de Ray Nelson *Eight O’Clock in the Morning*. La trama del film aborda, en clave de ciencia-ficción, la manera como la propaganda puede modificar nuestra conducta.

“querer es poder”, “el cielo es el límite”. En esta ciudad y en estos tiempos, absolutamente todo es posible, al menos virtualmente y cada uno hace lo suyo como una maquinaria inagotable que trabaja para alcanzar un horizonte que no hace más que alejarse a medida que uno se acerca.

No solamente el *Multitasking*, sino también actividades como los juegos de ordenadores suscitan una amplia pero superficial atención, parecido al estado de vigilancia de un animal salvaje (ni siquiera un animal salvaje mantiene un estado de vigilancia perpetua) [...] Mientras tanto, el acoso laboral (y también la auto-explotación), por ejemplo, alcanza dimensiones pandémicas. (Han, 2019, p. 34)

Coetzee, en *Esperando a los bárbaros*, advierte que en mala hora el magistrado tomó el farol para iluminar la barraca, porque esa revelación le cambiaría la vida para siempre⁴. ¿Acaso lo que descubrió no era el destino que ansiaba su alma impaciente? Ese descubrimiento no solo desmontaba la idea que cohesionaba todo el aparato social de la ciudad, sino también lo confrontaba con su propia identidad. Esa es la razón por la que John Armitage (*They Live*) se resiste a ponerse los lentes aún a costa de su vida, porque esos lentes le permitirían develar el engaño; y acaso ver las cosas como realmente son le infligiría un dolor insoportable que desnudaría la fragilidad de su existencia. Desprovisto de eso, sin el contexto ideológico posmoderno que se afirma como un estandarte de placer y gozo perpetuo, inmortal, carente de sentido y sin esperanza, ¿qué quedaría sino la conciencia de uno mismo en su densidad corporal inevitablemente expuesto al deterioro de la vejez y a la muerte?

El Magistrado de Coetzee, a diferencia de Armitage, se pone “los lentes” y denuncia ante el *ágora* que esa amenaza externa –los bárbaros–

4 En la novela *Esperando a los bárbaros*, El Magistrado, intentando desentrañar la amenaza de los bárbaros ante la incursión del ejército proveniente de la capital, descubre que esta amenaza no es real y que la idea es más bien implantar el miedo en la población para poder manipularla.

ha convivido siempre con la ciudad, errantes, nómadas, sin representar amenaza alguna; no obstante, la consigna oficial es implacable y es destituido, encarcelado, calumniado, olvidado. Ambos personajes, atemporal el primero y contemporáneo el segundo, conviven en la ciudad enmascarada. Forzados o persuadidos persiguen las improntas heredadas, adheridos a los roles preestablecidos, los trajes se mimetizan con el cuerpo borrando sus fronteras y es así que emerge el individuo desenraizado, cuya identificación se sostiene en un lugar que no es real y cuando este sueño se ve interrumpido pierde la vitalidad, por el rechazo o la depresión.

IV. El que obedece no se equivoca

Según la lógica autoritaria el mandato precede a la capacidad de discernimiento. No se necesita la coacción para encadenar al niño a un devenir ajeno. El niño alcanza una vida con significado desde el juego, pero también desde el condicionamiento, el contenido cultural, la tradición y la disciplina. La atmósfera que lo acompaña consolida en la etapa formativa gran parte de sus elecciones futuras. Es así como los impulsos espontáneos, las inclinaciones vocacionales, por dar un ejemplo, terminan cediendo el paso ante las “sugerencias” familiares que no son más que el eco del paradigma imperante. El modelo se impone en el núcleo familiar y ese niño apasionado por la música termina convencido en su adolescencia que lo suyo es la ingeniería. Así, inconscientemente, inicia un camino de dificultades cuya incomprensión va martirizando el cuerpo. Luego de tanto esfuerzo, alcanza los indicadores del éxito social, consolida en su mente las expectativas; ahora es un “buen hombre” que cumple con su deber, cuya validación se ve refrendada por los ascensos, las mejoras salariales y el aplauso de la comunidad.

A los ojos de nuestra ciudad enmascarada, su estilo de vida no es un hiperegoísmo, o un hiperindividualismo por sí mismo, gratuito e injustificado, como señalan algunos críticos contemporáneos, sino que ese “egoísmo” es el derecho que se obtiene, justamente, por cumplir con su deber, y eso se refleja en la forma como se compromete con su

comunidad (la conciencia socialmente responsable en la elección de las marcas que consume, de la propinas que da, del pago de sus impuestos, de su civismo, de los activismos que defiende, etc.), con la ley, sea esta jurídica, ética o un dictamen social. Lo cierto es que nuestros ciudadanos se relacionan siempre a través de un filtro discursivo en el que no hay espacio para el otro; es decir, los abrazos, el tiempo que se pierde improductivamente, el desasosiego, los silencios, la frustración, el vacío, el despertar de los sentidos, la exploración a través del cuerpo y de sus movimientos libres, la catarsis.

Al defender las causas sociales promovidas por el *statu quo* es que nos ganamos el derecho a disfrutar de lo que hemos acumulado. Se construye así un mundo finito (a pesar de la propaganda que nos vende libertad, eternidad e infinitud; la ilusión de inclusión: excluye, al otro, a lo que no sintoniza, a lo que no tiene acceso, a lo negativo) y sin advertirlo, ladrillo a ladrillo, se iza la bandera de la globalización, cercándonos. Algo pasó, en algún momento, las iniciativas y los emprendimientos dirigidos a fortalecer la “civilización”, el “desarrollo”, la “convergencia”, el “consenso” se desviaron del camino; la universalidad de la que daban cuenta con esperanza fue abducida y en su lugar nos dejaron un concepto de globalización carente de un *telos*, de sentidos más profundos que el crecimiento de los mercados, y la preocupación por los efectos globales, en los que parece encarnarse la “única” percepción negativa de esta globalidad.

Haciendo una digresión, una arista especialmente problemática para nuestra ciudad (ciudad *copy - paste*, anglobalizada, glocalizada)⁵ –hoy cerrada y con el cartel en cuestión, como casi todas la del planeta– sería la desproporción en las medidas restrictivas globales, justificadas de facto por el pánico inducido por los grandes medios de comunicación. Desde antes, ya eran evidentes las respuestas sistemáticas de los grupos de influencia y los *lobbies* privados ante las claras señales de alto de los organismos reguladores para adquirir más derechos y penetrar en lo que

5 La referencia apunta a que todas las ciudades, como consecuencia de la globalización, que no es otra cosa que los poderosos dictando las reglas del juego, imitan el “American way of life”. La glocalización alude a un mercado único de capitales “Pensar globalmente, actuar localmente”.

Walzer denomina otras esferas de justicia. Esta suerte de cooptación estratégica es más que evidente en los conflictos de intereses como se puede observar en los que financian –directa o indirectamente– las iniciativas globales solidarias y filantrópicas. Las revistas científicas *The Lancet* o *The New England Journal of Medicine* son un claro ejemplo de la injerencia de los conglomerados farmacéuticos como sucede también en la misma Organización Mundial de la Salud⁶.

Giorgio Agamben, a raíz de la crisis sanitaria mundial generada por el SARS-CoV-2, es especialmente suspicaz al respecto e insiste en el alto costo que estamos pagando en nombre de la sobrevivencia. Tanto en lo económico como en lo mansamente que acatamos las disposiciones que conciernen a la vigilancia, al poder estatal y a las libertades de movimiento y asociación. La justificación pandémica para un virus con una letalidad estimada de 0.5 % según la misma OMS y con incidencia en una población que supera con creces la esperanza de vida y que presenta, además, comorbilidades dan para pensar (Gestión, 2020).

Lo preocupante no es tanto o no solo el presente, sino lo que viene después. Así como las guerras han dejado como legado a la paz una batería de tecnología poco auspiciosa –desde el alambre de púas hasta las centrales nucleares–, también es probable que incluso después se busque continuar con los experimentos de emergencia de salud que los gobiernos no lograron llevar a la realidad antes: cerrar universidades y escuelas y hacer lecciones solo en línea, poner fin de una vez por todas a reunirse y hablar por razones políticas o culturales e intercambiar solo mensajes digitales, siempre que sea posible, sustituyendo máquinas por cada contacto –cada contagio– entre seres humanos. (Agamben, 2020)

Sin embargo, yendo incluso más allá de la sacralización del concepto de globalización o de las instituciones que la soportan y sus acepciones positivas –en ese sentido incuestionable e irreversible es el

6 Ver principales aportantes a la Organización Mundial de la Salud 2016/2017: <http://www.who.int/images/default-source/infographics/budget/top-20-contributors-es.jpg>

que parece ser el destino de la humanidad— y que esconde todos los desplazamientos económicos de las megacorporaciones que están por encima de los estados-nación —lo que hace todo esto es mostrarnos una impronta basada en la enfermedad, la banalidad y el autoritarismo; lo que obliga al ser humano a sumergirse en una suerte de sucedáneo virtual, a traslaparse en ese enmascaramiento que anula la corporeidad para encumbrar el traje.

Un ejemplo: la secreción de dopamina, o de cualquier neurotransmisor predeterminado por la biología, ya no está en función de las necesidades básicas de la naturaleza, o del sentido profundo de las acciones que se cultivan a lo largo del tiempo, sino de ese elemento externo e inmediato que demanda cada vez más atención. El *Like* (cuyo espíritu trasciende incluso la virtualidad) está posicionado como la herramienta de reconocimiento por antonomasia de nuestros tiempos y ese bombardeo indiscriminado de placer estropea a un cuerpo que no está diseñado para recibirlo en tal magnitud. Lo que sigue es la resaca que, como un prisionero olvidado injustamente, ahoga su grito en las entrañas de esos espacios cada vez más reducidos de nuestra animalidad, atendidos en la escasa intimidad que le concedemos o transgrediendo los límites de lo legal.

Así es como la ciudad enmascarada alimenta sus cloacas, llenándolas de desgaste, deudas y frustración, y cuando el tufillo, que como un veneno que se cocina a fuego lento, empieza a emanar de las alcantarillas. La población atontada, debilitada, aterrada o simplemente incapaz de reconocerse fuera del traje acepta lo que sea con tal de volver al estado anterior de las cosas, como si en ese estado existiese una verdadera posibilidad de salud, como si ahí estuviésemos realmente seguros o medianamente contentos.

IV. A lo lejos, un árbol

Entonces, el peregrino abandonó las murallas y se sentó a la sombra de un árbol que permanecía imperturbable. Tomando la dirección opuesta a la indicada por el demiurgo, se vio arrojado al mundo, despojándose de toda la cultura, tradición, religión, ideología, desprovisto de cualquier

idea preconcebida, y valiéndose únicamente de su capacidad sensorial empezó a observar las cosas con los ojos llenos de admiración. Fue así como se hizo consciente de la realidad evidente de su corporalidad y la etérea condición de su mente revoltosa. Se dio cuenta de que existe algo inconmensurable y universal que es eso que sostiene y cohesiona la materia y que puede ser percibido tanto por un educado intelectual prusiano como por un aborígen analfabeto en la tierra del fuego. Eso de lo que daba cuenta su visión podía ser nombrado de mil maneras por el hombre, pero a él se le antojaba llamarlo naturaleza.

En ella, podía observar una guía, una referencia para manifestarse tanto externa como internamente. Su cuerpo estaba poseído por una inagotable despensa de neurotransmisores y hormonas que tenían una relación directa con sus acciones. Cuando caía la noche el sistema nervioso parasimpático predominaba en su organismo segregando melatonina e induciéndolo al descanso y al sueño, al clarear el día el sistema nervioso simpático tomaba el protagonismo generando cortisol y con eso activaba el mecanismo de vigilia.

Esta estructura tiene múltiples conexiones dentro del Sistema Nervioso Central, que le permiten ejercer una función sincronizadora del organismo. Presenta dos mecanismos: uno endógeno (que le permite variar su nivel de actividad en forma espontánea) y uno exógeno (que le permite coordinar su funcionamiento con variables externas relevantes. (Contreras; 2013)

¡Qué importante resultaba comprender todo eso! Observó también que cuando tenía una herida su cuerpo por sí mismo, independientemente de cualquier intervención externa, la reparaba de manera paciente y autónoma, nada le hacía pensar que ese mecanismo natural que se manifestaba afuera no podría tener una correspondencia con lo que sucedía en sus órganos internos.

Podría citar ciertamente a Epicuro, Lucrecio o Baruch de Spinoza, también a los filósofos vedantas, pero nuestro peregrino es iletrado y solo le concede espacio al estado de contemplación –estado en extinción en estos tiempos–, para así constatar que las necesidades –los deseos

primarios— son lo verdaderamente real y provienen del cuerpo mientras los deseos complejos pertenecen al reino de lo imaginado —son mentales y generados desde el exterior. Los primeros necesitan ser satisfechos —son accesibles e intuitivos—, nutrirse, ejercitarse, descansar, respirar, relacionarse; los segundos demandan una constante persecución y, por lo general, una significativa inversión monetaria; adquisición de bienes, éxito profesional, cosificación de experiencias-relaciones, acumulación de placer, inmersiones intelectuales, así *ad infinitum*. A diferencia de las primeras, estas últimas resultan ilimitadas.

Parafraseando a Spinoza (2000), no deseamos las cosas porque son buenas, son buenas porque las deseamos y el filósofo va más allá aún; no hacemos las cosas porque queremos, sino porque es nuestra naturaleza hacerlas; esta es la Libertad en Spinoza, es decir, si uno hace las cosas porque quiere, pero estas van en contra de su naturaleza, entonces no es libre. El punto de partida es diametralmente opuesto al esquema de Rawls. El primero procede como el niño que alcanza un significado mediante el juego; el segundo parte de la rigidez adulta del imperativo kantiano.

VI. Hiperestesiados o anestesiados

Nada del pensamiento de Spinoza resulta ajeno en este ensayo, salvo tal vez la idea del *conatus* en su necesidad exclusivamente positiva. Spinoza nos impulsa a perseverar en el ser; ante una tragedia, “ni reír, ni llorar, comprender”, desarrollar las potencias y cultivar las pasiones alegres, que se alcanza mediante el contacto íntimo con eso que Dios —o la Naturaleza— nos ha brindado, que a la sazón es el cuerpo en tanto un cuerpo vivo, un organismo que actúa en el mundo de la percepción —contrario a una concepción mecanicista— y que, por extensión, actúa en simbiosis con el mundo natural.

Sin embargo, existe aún un escollo por salvar, y esta es la dualidad que sigue escindiéndonos. En términos generales, la ponderación de lo inmanente sobre lo trascendente redondea la idea de lo natural al darle cabida también a esa naturaleza interior que nos es propia, única, intransferible e incomunicable, que no está circunscrita a un

mandato externo –ni a la idea escindida– sino que es dirigida desde nuestra propia sabiduría o intuición. Por eso, es importante acoger también a las pasiones dolorosas, a la tristeza y a las sombras como piezas indispensables del rompecabezas. Darle su lugar a lo negativo, entonces, se convierte en un deber para alcanzar la homeostasis. El cuerpo no juzga, sino que agradece la concesión de ese espacio y el permitirle drenar así la contingencia y todo lo condenado por la ética procedimental permite al individuo moverse más libre dentro de ese espacio intermedio de experimentación sensorial y no recluirse en los extremos de la euforia y la depresión (hiperestesia) ni en el bloqueo que reprime la sensación –*e motion*– (anestesia) y que son las características más evidentes de un individuo desenraizado, es decir, colgado, términos que usa Alexander Lowen (2020) para referirse a los diagnósticos de manía o depresión, según sea el caso.

Volver a atender la información que nos brinda el cuerpo como una respuesta biológica ante las necesidades de adaptarnos a la vida, aun acogiendo las interferencias de estos deseos, pero sin hipotecarnos a ellos, es clave para alcanzar la *eudaimonía*. Lo que para un ser humano puede ser saludable para otro puede ser fatal; esto se aplica de manera multidimensional; tanto para un alimento, una rutina, o un deseo / pensamiento. Entonces, los indicadores –a diferencia de la narrativa belicista de la enfermedad en la que estamos expuestos a constantes amenazas de enemigos externos– provienen de adentro: hipoxia, acidez, desnutrición celular, alteraciones nerviosas, insomnio, manía y depresión.

El optimismo enferma, como bien señala Byung Chul Han, porque el optimismo está atado a la sensación de euforia de la consecución futura, como lo está la melancolía en el cepo de lo pasado, ambos escenarios son inexistentes, por lo tanto, irreales (lo real es el momento presente). Acogiendo el día, tanto como la noche, la luz tanto como la sombra, comprendemos el funcionamiento de un bosque –la totalidad– en función únicamente de su supervivencia, en donde nada tiene que hacer el bien y el mal, ni el costo-beneficio. No detectamos una dualidad, o una postura analítica en la naturaleza ni en el cuerpo, es más bien la coordinación o sincronía intuitiva –con

la naturaleza— lo que produce una sensación de bienestar integral y con ello la conservación de la salud. Claro que concierne discernir a una mente racional entre lo que es propio para ese cuerpo o no, pero siempre priorizando necesidades o deseos primarios sobre la fantasía o los deseos complejos.

El individuo posmoderno no descansa, porque se autoexige y no encuentra cómo gestionar la descarga —de la acumulación de estrés, producto de la autoexigencia— porque su propia vida sedentaria se lo impide. No hay integración —sino especializaciones, fragmentación— y fundamentalmente ignora la potencia del cuerpo para autorregularse. Volver a él es poner freno, es volver a jugar, es acoger la negatividad y darle su espacio para que no oscilemos entre la anestesia y la hiperestesia. Confundidos por no saber distinguir los límites que separan las necesidades de los deseos es que buscamos encajar en el traje a la fuerza.

Gautama el Buda introdujo esa hermosa palabra que es *Anitya*: impermanencia, temporalidad, a la que asigna la condición de ley natural y cuya ignorancia es la raíz de todo el sufrimiento humano. En este mundo, todo lo que surge se desvanece y aferrarnos a algo, sea agradable o no, es sustraernos a la ecuanimidad que nos reconforta. Tal vez si nos sentamos a la sombra de un árbol como aquel peregrino y permitimos que surja de entre la bruma el hábito de no ir tan de prisa, de no darle demasiada cuerda a la mente y sentir más las sensaciones del cuerpo, tal vez entonces podamos tomar mejores decisiones y reconciliarnos con eso a lo que alude González Prada cuando apunta a la imperturbable serenidad de las leyes naturales, que yo entiendo como el abrazo de nuestra propia mortalidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, Giorgio (2020). Aclaraciones de Giorgio Agamben. Traducción de Pablo Makovsky del texto traducido al inglés por Adam Kotsko. *Revista REA*. Recuperado de:
- Berg, Anastasia (2020). El derrape de Giorgio Agamben sobre el coronavirus. *Sin Permiso*. Recuperado de: <https://www.sinpermiso.info/textos/el-derrape-de-giorgio-agamben-sobre-el-coronavirus>
- Coetzee, J. (2010). *Esperando a los bárbaros*. De bolsillo: Barcelona.
- Contreras, Andrea (2013). Sueño a lo largo de la vida y sus implicancias en salud. *Revista Médica Clínica Las Condes*, Volumen 24, issue 3, pp. 341-349. Recuperado de: https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0716864013701718?fbclid=IwAR05rl_JGeIpnb8kgGgfxj4kQHerGWDTwovFN2NTw8MN-EHiMVY12Lhj_m8
- Damasio, A. (2019) En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos. Destino: Barcelona.
- Epicuro (2012). *Obras Completas*. Cátedra: Madrid.
- Gamio, G. (2007). *Racionalidad y Conflicto ético. Ensayos sobre filosofía práctica*. Centro de Estudios y Publicaciones: Lima.
- Gestión (2020). “El 2020 ha sido el año más letal en la historia de EE. UU.”. *Gestión*. Recuperado de: <https://gestion.pe/mundo/el-2020-ha-sido-el-ano-mas-letal-en-la-historia-de-eeuu-noticia/?ref=nota&ft=autoload>
- Gotzche, P. (2013). *Medicamentos que matan y crimen organizado, cómo las grandes farmacéuticas han corrompido el sistema de salud*. Los libros del Lince: Barcelona.
- Han, B. (2019). *La sociedad del cansancio*. Herder: Barcelona.
- Lenoir, F (2019). *El Milagro Spinoza*. Ariel: Bogotá.

- Llor, Carles (2014). Medicamentos que matan y crimen organizado. *Atención Primaria*, Vol. 46, issue 4, pp. 176-178. Recuperado de: <https://www.elsevier.es/en-revista-atencion-primaria-27-articulo-medicamentos-que-matan-crimen-organizado-S021265671400002X>
- Lowen, A. (2020). *La depresión y el cuerpo*. Alianza Editorial: Madrid.
- Rawls, J. (2010). *Teoría de la justicia*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.
- Sabato, E. (2000). *La resistencia*. Seix Barral: Buenos Aires.
- Smith, Richard (2006). The Trouble with Medical Journals. *Journal of the Royal Society of Medicine*, vol. 99, issue 3, pp. 115-119. Recuperado de: <https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/014107680609900311>
- Spinoza, B. (2000). *Ética demostrada según el método geométrico*. Trotta: Madrid.
- Williams, B. (2016). *La ética y los límites de la filosofía*. Cátedra: Madrid.